

Samuel A. Lillo

El río del tiempo



ON la espalda inclinada por el fardo de odios, vanidades y ambiciones, vestido de prejuicios y deseos, llegué un día, con paso vacilante, junto al río del tiempo.

Con rumbo hacia las playas misteriosas que bordean el mar del infinito, inexorable y mudo, se deslizaba el río.

Vi que en ambas orillas se agrupaban los hombres que venían de todos los contornos de la tierra, para el último viaje de la vida.

Unos, atados a la vil materia, sin poder desprenderse de su carga, cual los avaros junto a su tesoro, se hundían en las aguas;

otros desesperados,
tendidos en la orilla, sollozaban;
mas el río implacable,
invadiendo la arena,
con él se los llevaba.

Yo, sacudiendo el fardo de mis hombros;
me sentí libre y levanté la frente;
desgarré los harapos de mi traje
y me arrojé desnudo en la corriente;
y aunque no sepa a donde soy llevado,
sé que una fuerza espiritual me arrastra,
nuevo vigor mi corazón alienta
y hay un lucero de esperanza en mi alma.